

Auge, caída y resistencia de la UCR (1983–2023)

MARTÍN D'ALESSANDRO
UBA, CONICET

ESTUDIOS SOCIALES

[Número especial • 2023]
Voces plurales para pensar la
democracia argentina (1983–2023)

Estudios Sociales. Revista Universitaria Semestral
Universidad Nacional del Litoral, Argentina
ISSNe: 2250-6950
estudiossociales@unl.edu.ar
DOI: 10.14409/es.2023.64.e0065

Esta obra está bajo una Licencia Creative
Commons Atribución- NoComercial-
CompartirIgual 4.0 Internacional.



INTRODUCCIÓN

Al cumplirse 40 años de la última transición democrática y realizarse los balances a los que obligan las décadas completas, este trabajo ofrece una reseña histórico-analítica de la Unión Cívica Radical (UCR) a lo largo del período comprendido entre 1983 y 2023.

La UCR es el partido más longevo de la historia argentina, y ha tenido un sinnúmero de vicisitudes internas, electorales y coalicionales que han ido delineando momentos de mayor y menor protagonismo en el escenario político nacional. Aquí se busca ofrecer no una narrativa completa de cada uno de esos momentos, sino —recopilando información y datos secundarios provenientes de la ciencia política, la sociología electoral y la historia (no necesariamente exhaustivos ni como parte de series detalladas)— un corte transversal de la trayectoria de la UCR a partir de una clave de lectura que pone el énfasis en algunos ejes específicos, como resultados electorales, crisis internas, y la política de alianzas.

1\ El autor agradece los valiosos comentarios de Javier Zelaznik y de Lilia Puig.

Si bien las explicaciones más convincentes acerca del funcionamiento del sistema político argentino subrayan la existencia de dos polos bien diferenciados —el polo peronista y el polo no peronista, dentro del cual se encuentra la UCR (Torre 2003)—, ello no implica que esos polos no tengan vasos comunicantes tanto en términos electorales, como ideológicos, y de cooperación política a lo largo de los últimos 40 años inaugurados en 1983. Esta reseña explora entonces una hipótesis relativamente controversial: al menos desde 1983, ha existido una importante convergencia ideológica, institucional y electoral entre la UCR y el Partido Justicialista (PJ). Esa convergencia se evidencia a partir de una serie de interconexiones entre dos universos que, de manera paradójica, últimamente aparecen como incompatibles e irreconciliables. El trazo grueso obliga a sobrevolar una cantidad de factores que debieran ser incluidos en trabajos más completos, como los contextos económicos del país, los actos de gobierno durante las administraciones radicales o los diferentes cursos de acción a partir de las disputas por el control interno de los recursos del partido. Sin embargo, tanto el enfoque teórico como la evidencia empírica aquí utilizada son concurrentes con la hipótesis planteada y las conclusiones a las que se arriba.

El trabajo se organiza de la siguiente manera. En la próxima sección se resumen las características esenciales del partido hasta 1983. En las dos secciones siguientes, siempre siguiendo los objetivos del artículo, se aborda la transición democrática, analizando el triunfo de 1983 y los primeros traspies políticos del partido. La cuarta sección se dedica a la década del 90 y la formación de la Alianza. La quinta, a las estrategias de sobrevivencia luego de la crisis de 2001. Finalmente, se ofrecen unas breves conclusiones.

LOS ORÍGENES Y EL CAMINO HACIA 1983

La Unión Cívica Radical nació como partido político en julio de 1891. En el transcurso de su larga vida, ha conocido el éxito y también las crisis. Quizás sea la resiliencia frente a estas últimas lo que corona a la UCR como uno de los partidos más longevos del mundo. La historia de la UCR se ha desarrollado casi siempre en contextos en los cuales las disputas políticas y la lucha por el poder se desarrollaron en su mayoría por fuera de las prácticas de la competencia democrática institucionalizada. Desde la implementación del sufragio universal en 1912 hasta la transición democrática de 1983, solo las administraciones radicales de Hipólito Yrigoyen (1916–1922 y 1928–1930) y Marcelo Torcuato de Alvear (1922–1928) no fueron acompañadas de ningún tipo de proscripción política o persecución ilegal de opositores. La plena vigencia de los derechos políticos y civiles fue prácticamente inexistente en la Argentina del siglo xx.

Esa situación respondió a un conjunto de factores, entre los que es relevante el clima de época. La Primera Guerra Mundial y la crisis económica de 1929 abrieron el camino al proteccionismo económico, lo cual se entremezcló en el país con ideas y grupos nacionalistas, católicos, corporativistas y autoritarios que confluyeron en primera instancia en el golpe de Estado de 1930 y en la «década infame» después. En el campo de las ideas se fue propagando un discurso fuertemente antiliberal, antimoderno y antiimperialista que, tanto entre elites como en masas populares, impregnó al siglo xx argentino hasta 1983 (Halperín Donghi, 2003). En este contexto, la vida partidaria, entendida como una consecuencia y a la vez como una causa del reconocimiento de la legitimidad del adversario, fue perdiendo terreno frente a nociones más integristas y nacional–católicas, tanto en el Iglesia como en el Ejército. Dentro de ese marco conceptual,

se buscaba encauzar la totalidad de la vida social (política, religiosa, educativa, productiva, sindical, familiar, intelectual, artística) en una organización homogénea. La traducción política de ese estado de cosas puede sintetizarse en palabras de Natalio Botana:

Con mayor o menor impacto, entre 1930 y 1983 la política estuvo sujeta al imperio ilegítimo de la fuerza. Los gobiernos presididos por militares anteriormente golpistas hicieron uso de la hegemonía para restaurar el fraude (1932–1943) y luego para poner en marcha proyectos populistas (el caso típico es el primer peronismo —1946–1955— nacido del golpe de Estado de 1943). Por fin, el círculo se cerró mediante la instauración y restauración violenta de dictaduras con crecientes grados de represión. (Botana, 2006:25–26)

A lo largo de todas estas décadas, la UCR no fue inmune a varios de estos postulados (ver Del Mazo, 1955).² Sin embargo, el partido que había sido fundado sobre la base de un fuerte contenido ético y moral —aunque no exento de dosis de pragmatismo para la consecución y mantenimiento del poder (Romero, 1998)—, jugó el rol de reserva de valores contracíclicos, que ejercieron la defensa de las libertades individuales, el Estado de Derecho y la democracia procedimental. Esta posición ocupada por el radicalismo en el esquema de las preferencias dentro del abanico de las

2\ Sin embargo, el origen movimientista del PJ, el discurso populista y el liderazgo de Perón, no pasaron inadvertidos dentro de la UCR, ya que en alguna medida recordaban sus mismos orígenes. Importantes grupos de intelectuales y militantes pasaron a engrosar las filas del incipiente peronismo y grupos de las clases medias, antes representados por la UCR, pasarían a ser parte del conglomerado que permitió al peronismo gobernar hasta 1955 y volver en 1973» (Pedrosa 2004:38).

ideas políticas en la Argentina tuvo su punto más alto en la transición democrática de 1983, que significó el punto de inflexión que coronó a la vida civil por sobre el militarismo y el movimientismo:

En un país donde para ser presidente convenía ser militar, el radicalismo tuvo la osadía de postular líderes civiles. Esa fue la primera interna entre Alem (civil) y Mitre (militar). Un desacuerdo sobre el modo de construir la democracia. Pero esa interna explica el resto. Las diferencias entre Yrigoyen y Roca, Alvear y Justo, Balbín y Perón, Frondizi y Aramburu, Illia y Onganía. Aquella interna habilitó la cultura de la política civil en la Argentina. El poder de abajo más de que arriba (...) La organización duró y ayudó a desmilitarizar el país y llegar a 1983 con Raúl Alfonsín. (Carrizo, 2019:52)

Muchos autores han brindado explicaciones convincentes sobre los problemas y las dinámicas políticas, económicas, sociales e intelectuales que motorizaron el desarrollo de la política argentina en el siglo XX. Dentro o cerca de los enfoques politológicos, los más influyentes han sido Gino Germani, Guillermo O'Donnell, Juan Carlos Portantiero, Natalio Botana, Torcuato Di Tella y Marcelo Cavarozzi, pero la lista de los aportes provechosos es mucho más larga. Aun corriendo el riesgo del reduccionismo, podría decirse que cuando las elites —fueran tradicional-conservadoras o reformistas modernizadoras— advertían que el país se sumergía en crisis de diferente tipo, era usual la intervención militar que, a su vez lejos de resolver las crisis, las prolongaban o inauguraban otras nuevas.

Sobre este telón de fondo de alternancias entre regímenes civiles y militares —más que en la sociología económica— debería ubicarse una lectura de la historia de la UCR y de sus crisis. De hecho, la UCR nunca buscó representar a una clase o sector social determinado (sus bases fueron

siempre muy heterogéneas) ni una ideología nítidamente definida, sino que interpeló con su fe cívica a toda la sociedad utilizando como vehículo una organización eficaz (Alfonsín 1983, Halperín Donghi, 1994).

Sus ideas, sus rupturas, su organización interna, sus cambios programáticos, sus astillamientos y sus realineamientos fueron ocurriendo, al mismo tiempo, sobre una persistente caída en el apoyo popular: entre 1930 y 1983, la UCR fue viendo cómo se erosionaba su base electoral (Zelaznik, 2019) y cómo se desmembraba su oferta electoral:

La inestabilidad organizativa de la UCR, caracterizada en divisiones y huida de importantes dirigentes hacia otras agrupaciones, es un dato que caracterizó al partido previamente al proceso iniciado en 1983. Desde las primeras elecciones democráticas de 1916, varias listas llamadas UCR (o denominaciones similares) competían entre sí en las elecciones. Previamente al advenimiento del peronismo, la UCR concurreó dividida en múltiples procesos electorales, entre otros, las elecciones de presidente y vice del año 1916 y 1922 (con cinco listas denominadas UCR) y las elecciones nacionales de presidente y vice del año 1928. En las presidenciales del año 1946 entre las principales cinco fórmulas que compitieron, cuatro llevaban el nombre UCR, incluyendo la que encabezaba Perón. Además de la mencionada de 1946, la UCR concurreó dividida en las siguientes elecciones: elecciones nacionales para convencionales constituyentes, año 1957; nacionales de presidente y vice, año 1958; nacionales para legisladores, año 1960; elecciones parciales para legisladores y gobernadores, año 1961; elecciones nacionales de presidente y vice, año 1963. (Pedrosa, 2004:33-34)

Aunque es el más institucionalizado de los partidos políticos argentinos, la UCR no ha sido nunca un partido rígido.

En términos ideológicos se ha caracterizado, por el contrario, por su maleabilidad. Escudero señala que:

La UCR no se ha constituido como un partido con una fuerte impronta ideológica, más bien ha permitido que convivan en su seno tendencias diferentes (...) Dentro de sus cauces resultan viables las corrientes más dispares y ante los grandes problemas económicos y sociales no se encuentran en su seno posturas ideológicas definidas. Aún cuando desde sus orígenes se van delineando líneas asimilables a los tradicionales perfiles de derecha e izquierda, que con el correr de los años se van acentuando, el radicalismo es dentro del espectro político argentino un partido de centro que oscilará por movimientos internos que lo desplazarán en una dirección u otra. (Escudero, 2003:41–42)

LA TRANSICIÓN Y LOS AÑOS OCHENTA. AUGE Y LIMITACIONES

Luego de la derrota argentina en la guerra de las Islas Malvinas, los tiempos se agotaron para el régimen autoritario imperante. El Proceso de Reorganización Nacional (1976–1983) preparó a las apuradas su salida del poder, y se abrió una perspectiva y un contexto políticos favorables y a la medida de la UCR del momento.

Como se señaló más arriba, la UCR también ha tenido sus inclinaciones movimientistas (Persello 2007). Las intenciones unanimistas fueron exclusivas de Hipólito Yrigoyen, pero incluso a principios de los '80 había todavía en el partido una visión movimientista–nacionalista. Una parte decisiva y políticamente relevante de la UCR, la Junta Coordinadora Nacional de la Juventud Radical, una base de apoyo importante para el emergente líder Raúl Alfonsín, basaba sus diagnósticos políticos en oposiciones fundamentales

dicotómicas como liberación o dependencia, o pueblo o antipueblo (Aboy Carlés, 2010). Aunque esta juventud, que tendría gran protagonismo en los años venideros del radicalismo, participaba de la inspiración socialista típica de la época, sin embargo, nunca creyó en la lucha armada como muchos de sus congéneres de aquellos años, y contribuyó de manera decisiva a que la democracia fuera deseable y posible en el país.

El liderazgo de Alfonsín reafirmó las creencias liberal republicanas de distintos sectores del partido, y fue minimizando aquellas tendencias en la juventud de la época (y en gran medida en el país entero). Incluso a lo largo de su presidencia siguió insistiendo en la superación de la visión dicotómica, que consideraba peligrosa para las instituciones democráticas, subrayando en cambio la predominancia del pluralismo. Por ejemplo, en la Apertura de Sesiones Legislativas de 1986 dijo:

Ninguna de nuestras fuerzas políticas ha sido inmune en su pasado a la tentación de caer en alguno de estos exclusivismos discriminatorios, cuyo efecto ha sido trazar sobre el mapa político argentino una línea divisoria entre elegidos y réprobos, entre excelsos y marginados (...) Estamos marchando con paso firme hacia la superación de estas dicotomías, pero el arraigo alcanzado por ellas entre nosotros no nos permite considerar despejado el camino de residuos o posibles rebrotes que nos amenacen con una regresión. (citado en Aboy Carlés, 2010:77)

En el transcurso de 1983 salieron a la superficie no solo las violaciones a los derechos humanos cometidos por el régimen autoritario, ahora muy cuestionadas por la opinión pública, sino que también se hizo evidente el contraste entre un pasado de radicalización subversiva y de represión

violenta inédita, y la paz que esa experiencia traumática demandaba hacia adelante. Por otro lado, también se hicieron inocultables los costos de los malos resultados económicos y de la faccionalización interna de los actores del régimen. En simultáneo, la movilización del movimiento de derechos humanos lideraba, junto con los partidos políticos, la activación de la sociedad civil.

Luego de la muerte de Ricardo Balbín en 1981, la figura de Alfonsín crecía dentro del partido y se articulaba virtuosamente con los tiempos políticos y las nuevas demandas sociales. En soledad, se había opuesto a la Guerra de Malvinas —que se comprendió luego que era el último as en la manga del régimen autoritario para prolongar su agonía—, fue parte importante del movimiento de reivindicación de los derechos humanos —Alfonsín fue cofundador y vicepresidente de la organización Asamblea Permanente por los Derechos Humanos (Gerchunoff, 2022)— e integró la Junta multipartidaria Nacional impulsada en 1981 por Balbín e integrada además por el Partido Justicialista, el Partido Intransigente, el Movimiento de Integración y Desarrollo y el Partido Demócrata Cristiano, para encauzar una salida electoral (Pedrosa, 2004).

La supresión de la vida cívica había sido tan profunda durante el Proceso de Reorganización Nacional que en 1983 había poca memoria de la escasa vida democrática experimentada en el siglo XX. La institucionalización debía ser aprendida casi desde cero (Oszlak, 1984).³ Por lo tanto, la

3\Resucitados por la implosión del régimen autoritario, los partidos tienen ante sí, y al mismo tiempo, la compleja tarea de tender y afianzar sus redes de vinculación con las bases; formar una conciencia cívica; producir diagnósticos pormenorizados sobre los problemas del país, interpretando las necesidades sociales y evaluando la significación de los cambios que se han producido en el tejido social; promover la formación de cuadros técnicos; asegurar el fun-

actitud del primer gobierno democrático sería decisiva para las décadas venideras. Pero de manera similar a otras experiencias, las expectativas de las transiciones latinoamericanas sobrepasarían la capacidad de acción de sus gobiernos iniciales.

En efecto, gran parte de la población creyó en 1983 que la democracia traería de suyo el imperio de la ley y el Estado de derecho, y a la vez liberaría al país de los poderes fácticos (el imperialismo estadounidense, el Fondo Monetario Internacional, la alta burguesía, los militares). La euforia con la democracia en 1983 fue tan vigorosa que hizo suponer que se entraba en un período de democracia ideal: las preferencias de todos serían relevantes a la hora de tomar las decisiones colectivas, todos aceptarían sin objeciones esa forma de organización política, y todos atribuirían a la democracia el mismo contenido. A la luz del desarrollo de los 40 años posteriores, podría decirse que ese consenso no fue siempre unánime y que, como se verá más adelante, la UCR ha debido pagar los costos políticos de sus esfuerzos para mantenerlo más o menos vivo.

El conocimiento existente sobre las transiciones hacia la democracia suele caracterizar al caso argentino como una transición por ruptura con el régimen autoritario, es decir, sin negociaciones, pactos, acuerdos ni concesiones a los actores del régimen precedente. Ello se explica por las características del régimen saliente (altos grados de represión y violencia, bajos grados de rendimiento en términos

cionamiento democrático de los mecanismos de elección y renovación de sus líderes, y actualizar sus discursos y apelaciones a la luz de nuevas realidades. Todo ello debe acometerse en vísperas de una puja electoral que implica no solo una lucha por obtener las preferencias de la ciudadanía, sino también la decantación de los liderazgos internos y, en varios casos, la propia definición de la identidad y el perfil partidarios» (Oszlak 1984:43-44).

económicos, bajos grados de unidad de los actores internos), pero también por fenómenos sociales (alto grados de movilización social) y por las características del gobierno entrante. En efecto, el triunfo de la UCR fue una pieza fundamental de ese devenir. De otra forma la transición con seguridad hubiera tenido otros rasgos que muy probablemente no hubieran incluido los altísimos e inéditos grados de justicia transicional que pusieron a la Argentina como un ejemplo global de la defensa de los derechos individuales (O'Donnell, Schmitter y Whitehead, 1994; O'Donnell, 1997, Mainwaring y Pérez-Liñán, 2020). De allí que, a diferencia de otros países, la democratización argentina fue de tal alcance y profundidad que logró instaurar y consolidar valores políticos de libertad inéditos en el país y en casi toda la región (Caruncho, 2023).

Es probable que, como sostiene Przeworski (2010), las democracias se limiten a remediar los males de los regímenes precedentes. En el caso argentino, pareciera que efectivamente la democracia como régimen solo contrarrestó lo más característico del Proceso y de la historia argentina: la violencia política, logrando paz y elecciones. Otras expectativas (prosperidad, transparencia, respeto de la ley, igualdad) no se cumplieron, e incluso empeoraron. ¿Podía la democracia argentina haber conseguido mejores resultados? Probablemente sí, pero hubiera necesitado no tanto de las críticas a la democracia que se han hecho para justificar la concentración del poder (Quiroga, 2005), sino de más críticas democráticas a la democracia (O'Donnell, 2010) para expandirla y mejorarla.⁴

4\ La vida cotidiana de la política democrática no es un espectáculo que inspire admiración: una serie interminable de peleas por ambiciones mezquinas, una retórica pensada para ocultar y mentir, conexiones oscuras entre el poder

Con todo, la de 1983 tuvo la ventaja de ser una democracia construida por demócratas convencidos. Durante la presidencia de Alfonsín, gran parte de las demandas y los valores del movimiento de derechos humanos se transformaron en la cultura política del Estado (Jelin, 2005) y se implementaron de inmediato las medidas de justicia transicional. No hubo restricciones ni ataques de ningún tipo a la oposición. El partido estaba en su mejor momento,⁵ y si bien es cierto que tras la victoria las usinas radicales proyectaron su consolidación con horizontes de reformas conceptualizados alrededor de la idea del Tercer Movimiento Histórico (luego del yrigoyenismo y el peronismo), que por supuesto incluían la reelección de Alfonsín, también es cierto que la UCR no reclamó jamás el monopolio de la legitimidad democrática.

Como se dijo, la UCR se fundó sobre la base de un fuerte contenido ético y moral, lo cual le permitió encarnar el momento de una transición caracterizada por la indignación frente a una historia de décadas de violencias, persecuciones e intolerancias. Pero ese imaginario, que subrayaba la ética por sobre la política, en más de una ocasión le impidió durante el gobierno de Alfonsín recurrir a la flexibilidad del pragmatismo, tan necesario en política. Por caso, algunas reformas económicas y algunas decisiones de Alfonsín en el campo de la política militar generaron fuerte oposición en el propio partido, tanto en la arena legislativa como en actos políticos y marchas convocadas por dirigentes de la UCR en

y el dinero, leyes que ni siquiera aspiran a la justicia, políticas que refuerzan el privilegio. No es ninguna sorpresa, por lo tanto, que después de seguir la liberalización, la transición y la consolidación, hayamos descubierto que todavía hay algo que mejorar: la democracia» (Przeworski 2010:27-28).

5) La UCR tenía cerca de 518 423 afiliados en 1957, 566 218 en 1972 (Persello, 2007) y 1 410 123 en 1983 (García, 1985).

contra de las políticas del gobierno (Acuña, 1998; Jaunarena, 2011; Torre 2021).

PRIMERAS CONVERGENCIAS

La victoria radical de 1983 fue contundente: 51,7 % de los votos, la mayor en la historia del partido, con la única excepción de la elección de Yrigoyen en 1928, que obtuvo el 61,4 %. Después de estas dos victorias épicas, el radicalismo ha visto decrecer su caudal electoral de manera sistemática.

Varios análisis han destacado que desde 1983, la UCR ha «perdido» votos. En realidad, hasta 1983 la UCR no había logrado concentrar la totalidad del voto no peronista desde 1954. Por lo tanto, podría considerarse que el pico electoral de 1983 se trató más de una anomalía que de la normalidad. De esta forma, la fuga de votos a partir de esa fecha no debería evaluarse como una pérdida de votos radicales, sino como un regreso a los patrones históricos del voto radical (Zelaznik, 2013). En otros términos, a partir de 1983 la UCR empieza a «devolver» votos (Torre, 2003).

Como se mencionó en la Introducción, para una interpretación más completa del actual período democrático no deberían pasar desapercibidos las convergencias y los vasos comunicantes entre la UCR y el PJ. En apoyo de esta hipótesis concurre el primer hecho fundamental de la democracia actual, que es el triunfo radical. El hecho fundante de la democracia argentina es que Alfonsín ganó gracias a votos peronistas (Catterberg, 1989).

A la victoria de la UCR contribuyó, en primer lugar, la emigración en su favor de un porcentaje pequeño pero decisivo de votos tradicionalmente peronistas, reclutados entre los sectores altos de la población asalariada, obreros especializados y empleados de saco y corbata. (Torre, 2003:648)

A ello se sumó la capacidad del propio candidato para lograr cohesionar el voto no peronista. Esta confluencia política en la elección inaugural del período más importante de la democracia argentina se advertirá de diferentes maneras y en diferentes dimensiones en las décadas sucesivas. Por caso, el presidente Alfonsín, si bien tuvo duros enfrentamientos públicos con la central sindical CGT y su líder Saúl Ubaldini, también tejió acuerdos con sectores sindicales para obtener apoyos peronistas frente a las dificultades económicas y en algunas reformas laborales y de salud que intentaba implementar. De allí que en marzo de 1987 el sindicalista peronista Carlos Alderete se sumó al gabinete como ministro de Trabajo. Más allá del poco respeto de Alderete a los objetivos que lo habían llevado hasta allí (Novaro, 2009), y de la evaluación final que pueda hacerse del resultado de esa decisión, lo cierto es que Alfonsín creía que ese tipo de acuerdos era posible.⁶

Después de la derrota en las elecciones legislativas de 1987, el presidente sostuvo: «Es absolutamente necesario resolver entre todos la manera en la que vamos a funcionar durante los próximos veinticuatro meses, si logramos esto habremos ganado en estabilidad, en certidumbre y también en crecimiento» (*Clarín*, 15/10/87, citado en Novaro, 2009:253). En esa dirección, a fines de ese año el gobierno acordó la aprobación de un paquete de medidas en varias áreas (económica, militar, financiera, etc.) con los nuevos líderes del peronismo al mando de Antonio Cafiero, flamante gobernador de la provincia de Buenos Aires y virtual candidato presidencial del justicialismo. Las conversaciones

6\ De hecho, el antecesor de Alderete, Hugo Barrionuevo, si bien se había acercado a Alfonsín antes de la elección de 1983, también era de origen sindical y peronista.

incluían una reforma constitucional acordada (Gerchunoff, 2022). Como se ve, radicales y peronistas tenían ya en ese momento más coincidencias de las que se reconocían (Novaro, 2009). En otras palabras, ante escenarios difíciles, los acuerdos entre radicales y peronistas ya aparecían como posibilidades ciertas:

Con todo, las primeras señales brindadas por unos y otros dieron pasto a la expectativa de que, por primera vez desde 1983, una serie de cuestiones esenciales para la gobernabilidad democrática podrían ser excluidas de la competencia. Esto podía atribuirse tanto al hecho de que ni unos ni otros estaban ya aquejados por un exceso de optimismo como a las duras experiencias que habían educado en la conveniencia del diálogo y la negociación. Semana Santa mostró la necesidad de conservar un mínimo de solidaridad frente a amenazas desestabilizadoras; los debates sobre la reforma constitucional mostraron la posibilidad de imaginar cambios provechosos para todos; la frustración de las políticas económicas dejó en evidencia a su vez la presencia de problemas estructurales que tardarían muchos años en resolverse. Por todo ello sería tan significativo el esfuerzo de los contendientes por acordar políticas con vista a una transición ordenada. (Novaro, 2009:253–254)

Esa convergencia ya se había manifestado también en términos programáticos. Las plataformas electorales de la UCR y el PJ fueron siempre muy similares en sus orientaciones generales, siendo las de 1983 y 2011 casi idénticas en su medición en términos ideológico espaciales, es decir, de izquierda y derecha (D'Alessandro, 2013).

MÁS PÉRDIDA DE VOTOS. CRISIS Y ESTRATEGIA DE SALIDA

Como es sabido, en 1989, en medio del descalabro económico, la UCR pierde las elecciones presidenciales y vuelve al espacio opositor sumida en un gran descrédito frente a la opinión pública. ¿Sería posible sobrevivir a la responsabilidad de una hiperinflación? El gobierno del presidente Carlos Menem, tras implementar el Plan de Convertibilidad a comienzos de 1991, logró contener a la inflación y ganar las elecciones legislativas de ese año y también las de 1993. Con este renovado esplendor peronista, la estructura partidaria de la UCR no parecía suficiente para contener la gran crisis interna que este escenario había desatado.

En efecto, la organización partidaria de la UCR crujió. Por un lado, es necesario recordar el fuerte impacto despolitizador y anestésico que implicó el Proceso, y que el partido que accedió al gobierno en 1983 no tenía por lo tanto una identidad clara, lo que se tradujo en cierta indefinición programática y en falta de cohesión política y legislativa (De Riz, 1993). Por otro lado, el partido como organización nunca tuvo la solidez que muchas veces se le atribuye. Pedrosa (2004) muestra que las estructuras formales del partido no son poderosas ni mucho menos. Es más, sostiene que la burocracia interna es casi inexistente: no hay control real ni monitoreo de los comités, y muchas decisiones se toman por fuera de lo que indican las reglas formales. En suma, es un partido «predominantemente informal» (2004:106), sobre todo en la articulación a lo largo del territorio nacional.⁷

7) «Las reglas escritas estipulan lo que se puede (y lo que no se puede) hacer y esto es importante, pero no lo único. La conformación de esta doble estructura (formal e informal) ha adquirido un decisivo papel en el funcionamiento interno.

En ese contexto de fuertes disputas internas y con dudosos canales de contención, la amenaza de reforma constitucional por parte de Menem era apoyada por varios gobernadores radicales —Maestro de Chubut, Angeloz de Córdoba, Massaccesi de Río Negro, Castillo de Catamarca, que buscaban sus propias reelecciones o bien estaban de acuerdo con la reelección presidencial— y también de otros dirigentes importantes del partido. El partido como tal no podía imponer una postura unificada a las provincias y los municipios, y esa debilidad hizo posible la estrategia personal de Alfonsín (Pedrosa, 2004). El argumento principal del expresidente para sellar el Pacto de Olivos en noviembre de 1993 era evitar una confrontación profunda con el oficialismo que pudiera debilitar el sistema a través de una reforma constitucional unilateral como la de 1949 (Acuña, 1998). Pero a la luz de las experiencias de convergencia con el justicialismo en la década anterior, el acuerdo no solo no se trataba de un giro inexplicable para Alfonsín, sino que permitiría por un lado imponer condiciones sobre la reforma que el peronismo llevaría adelante de una manera u otra, y por otro lado le permitiría a la UCR conservar la disciplina del partido que se veía amenazada por las simpatías de importantes sectores del partido frente al reformismo del exitoso gobierno

Como en un juego de espejos, cada aspecto formalizado de la vida del partido, posee su contraparte informal, con la que, además, genera una suerte de interacción. Por un lado, el partido tiene un predominio de lo informal, que se ve en la práctica cotidiana y en la toma de las grandes decisiones (...) pero también, existe un fenómeno particular y simultáneo: la importante internalización de las reglas de juego formales (particularmente las referidas a la resolución de los conflictos internos y el acceso a los cargos partidarios y de representación) combinadas con la conformación de grupos informales en una compleja red, que, se caracteriza, por la competencia constante, la inestabilidad y el conflicto» (Pedrosa, 2004:61).

peronista (Smulovitz, 1995).⁸ Probablemente las expectativas de Alfonsín incluían recomponer su imagen pública y recobrar poder electoral para las siguientes elecciones de 1995.

El Pacto de Olivos, un acuerdo estratégico-institucional entre el presidente Menem y el expresidente Alfonsín, que dio luz a la Constitución más inclusiva de la historia argentina, consensuada por todas las fuerzas políticas del país, desdibujó sin embargo el rol del partido como oposición firme frente al peronismo. Desde luego, la búsqueda de consensos abre la puerta también a las posiciones extremas. Y ese lugar fue ocupado, paradójicamente, por otros peronistas. El surgimiento del «Grupo de los 8» como firmes opositores a Menem en la Cámara de Diputados logró sumar luego a otros sectores progresistas para formar el Frente Grande, que tuvo gran éxito en las elecciones constituyentes de 1994, sobre todo en la ciudad de Buenos Aires, la provincia de Buenos Aires y algunos otros pocos distritos de la zona metropolitana del país, en las que el gobierno descargaba los costos del ajuste económico (Gibson y Calvo, 2001). Ese mismo año el Frente Grande agrega al partido del peronista José Octavio Bordón, formándose el Frepaso. La mayor novedad del período es entonces que la fragmentación del voto no

8\ «Poco antes, en mayo [de 1992, Alfonsín] había concedido un importante reportaje radial al periodista José Eliashev que era un anticipo del programa del MODESO: el Estado argentino estaba desmantelado, y para reconstruirlo se necesitaba un acuerdo amplio con los peronistas 'insatisfechos' con la gestión de Menem, como había necesitado atraer a peronistas "insatisfechos" en 1983; la Argentina se estaba convirtiendo en una sociedad dual en la que la clase media estaba desapareciendo; los trabajadores se estaban sometiendo a la disciplina del mercado y perdían día a día sus derechos; la Unión Cívica Radical era un "archipiélago" de facciones sin convicciones firmes ("archipiélago" era la palabra que había usado para calificar al peronismo entre 1983 y 1985)» (Gerchunoff, 2022:333-334).

peronista tradicionalmente hegemonizado por la UCR se debe a que lo disputan peronistas disidentes (Zelaznik, 2013).

A pesar de los cálculos de Alfonsín, la UCR seguía perdiendo (o devolviendo) votos y disminuyendo su influencia en distritos metropolitanos emblemáticos, con riesgos de rupturas y astillamientos (Prats, 2019). Por lo tanto, debía afrontar la crisis. Un primer ensayo se realizó con el Encuentro de El Molino en 1994, entre un radical y dos peronistas disidentes, que sin embargo se frustró cuando Federico Storani perdió la elección interna por la candidatura presidencial radical para las elecciones del año siguiente. El Frepaso, en cambio, seguía creciendo.⁹

En las elecciones presidenciales de 1995, la UCR fue relegada al tercer lugar con algo menos del 17 % de los votos. En la categoría Diputados perdió 27 puntos de los 48 de 1983. Una vez más, se dio una decisiva transferencia de votos entre radicales y peronistas. Calvo y Escolar (2005) estiman que de los 3 millones de votos que perdió la UCR en 1995, más de 2 millones y medio votaron a peronistas: casi la mitad fue hacia una fórmula peronista (Bordón-Álvarez) y un 35 % fue directamente hacia el PJ. De hecho, en 1995, Menem recibió un 9 % de sus votos de la UCD, y un 12 % de la UCR. Incluso algunos autores sitúan a partir de 1995 la desestructuración temprana de la UCR como partido nacional, es decir la consolidación temprana de su impronta subnacional (Escolar, Abal Medina y Castro, 2014).

Ante esa situación, la respuesta fue la creación de la Alianza para el Trabajo, la Justicia y la Educación, en 1997

9\ «[Un] drenaje de legisladores municipales, provinciales e incluso nacionales y dirigentes de segundas líneas e intermedios del PJ y de la UCR ingresan a las filas de la nueva fuerza. De ahí que el fenómeno coalicional y transversal se daba a nivel de dirigentes medios y cuadros de base tanto del peronismo como del radicalismo» (Ollier 2001:63).

(Mustapic, 2013), es decir, una coalición con el Frepaso. Si bien el Frepaso llevaba a la UCR hacia un discurso un poco más hacia la izquierda, lo cual era posible gracias a la ya mencionada poca rigidez ideológica del partido, la UCR estaba en mejores condiciones de hegemonizar la Alianza: para 1995 la UCR gobernaba 5 provincias y 461 municipios, y el Frepaso solo 1 municipio (Ollier, 2001). Esta alianza entre radicales y peronistas fue posible por la confluencia tanto entre las preferencias de sus votantes como por las expectativas de sus dirigentes, lo cual, como se ha señalado aquí, tenía antecedentes. Para repasar: Alfonsín ganó en 1983 gracias a que recibió flujos importantes del voto peronista, tanto de trabajadores calificados como no calificados, empleados y cuentapropistas; en 1989 hubo un voto radical de sectores medios y altos que fue hacia al peronista Menem; luego una porción importante de votos de obreros manuales y personal doméstico se fue al Frepaso en 1995, mientras que el peronismo menemista sumó empresarios, profesionales y altos funcionarios, tradición de votantes radicales. En una palabra, los espacios políticos son multclasistas (Lodola, 2013). Aunque en este campo los estudios son parciales y también hay evidencias de una segmentación electoral — sectores bajos y medios bajos votantes del peronismo, y sectores medios altos y altos votantes del no peronismo (Mora y Araujo y Llorente, 1980)—, es evidente que esa segmentación no es ideológica, ni rígida, ni pura, ni inmutable. Al contrario, sobre esa base, hay determinantes del devenir político argentino que se construyen al nivel del voto sobre fluidas transferencias entre opciones electorales. Es decir, el nivel socioeconómico es un indicador importante para analizar las preferencias electorales entre peronismo y no peronismo,

pero no es el único relevante (Calvo y Escolar, 2005; Gervasoni y Tagina, 2019).¹⁰

En otras palabras, el PJ y la UCR se parecen mucho más de lo aparente en términos ideológicos y programáticos (McGuire, 1995; D'Alessandro, 2014). Las diferencias son más bien de tipo cultural:

Peronismo y radicalismo tradicionalmente funcionaron como maquinarias electorales movilizadoras de lealtades y sentimientos en la contienda electoral antes que como partidos programáticos (...) sin embargo, ambos tenían una historia de subculturas políticas fuertes que los diferenció de los partidos electorales. (De Riz, 1993:78-79, citada en Delgado, 2003:5).

Comparativamente, la peculiaridad argentina ha consistido en que los dos mayores partidos nacionales, PJ y UCR, distintos en cuanto a la composición social de sus adherentes (más estratos populares en el primero, sobre todo sectores medios en el segundo) tienen una escasa distancia ideológica entre sí y reúnen dentro de ellos un amplio arco de posturas desde la derecha a la izquierda. Las diferencias que los han separado y enfrentado a lo largo de la historia expresaron, más bien, el peso de sus respectivas subculturas políticas, gestadas y solidificadas en las coyunturas críticas que presidieron su constitución, las luchas cívicas por la libertad de sufragio en los radicales, el acceso de los trabajadores a los derechos

¹⁰ «Lupu y Stokes (...) analizan todas las elecciones nacionales celebradas en el período 1983-2003. Con respecto al peronismo, encuentran que solo en cinco de las doce contiendas el apoyo electoral proviene mayoritariamente de la clase baja (...) mientras que en el resto el apoyo es multclasista. En cuanto al radicalismo, en siete elecciones el apoyo proviene en su mayor parte de la clase media o alta (...) en dos elecciones (1995 y 2001) de la clase baja, y en las dos restantes el apoyo electoral es multclasista» (Lodola 2013:381).

sociales por obra de un liderazgo plebiscitario en los peronistas. La continuidad de la identificación partidaria en torno del PJ y la UCR descansó, precisamente, sobre esas subculturas políticas, que construyeron en el tiempo vínculos de lealtad y solidaridad por sobre las preferencias ideológicas individuales de sus adherentes. La erosión de esa densa amalgama, el aflojamiento de estos vínculos, tendrían, en consecuencia, la virtud de liberar a los adherentes de sus compromisos con vistas a organizar sus comportamientos más de acuerdo con las preferencias ideológicas. (Torre, 2003:663).

La Alianza ganó las elecciones legislativas de 1997 y las presidenciales de 1999. A partir de 1999, salvo muy contadas excepciones, la UCR ya no compitió más con la etiqueta del partido sino en alianza con otras fuerzas.¹¹ Su candidato presidencial, Fernando De la Rúa, se convirtió en el sexto presidente radical de la historia argentina.

De cara a la elección presidencial de 1999, el desafío consistía en lograr acuerdos sobre políticas en una coalición en la que, a pesar de las afinidades programáticas, había altos grados de desconfianza entre los socios (Novaro, 2009), máxime cuando el Frepaso era muy dependiente de sus líderes electorales y la UCR venía sufriendo volátiles relineamientos internos. En tal escenario, la coalición creó el Instituto Programático de la Alianza, en el que algunos miembros y muchos destacados expertos e intelectuales ligados a ambos partidos redactaron y difundieron la plataforma más moderna y completa de la historia argentina.

11\ La última elección de la histórica Lista 3 fue en las legislativas de 2005, en las que obtuvo apenas más del 10 % de los votos (Zelaznik, 2019).

Sin embargo, una vez en el gobierno, esas fisuras internas —sumadas a las desavenencias entre la dirigencia partidaria con el presidente De la Rúa y con la dirigencia del Frepaso a raíz de un escándalo de corrupción— provocaron la renuncia del vicepresidente Álvarez, lo cual debilitó enormemente al gobierno. A pesar de esa renuncia, el Frepaso como espacio político no se fue del gobierno, aun cuando aceptar el ajuste que proponían el presidente y su equipo ponía en riesgo su identidad de partido legislativo intransigente, y ello en función de uno de los objetivos más importantes que tienen los partidos políticos, que es el uso de los cargos en la administración y la posibilidad que esos cargos dan de influir en las políticas públicas (Labaqui, 2005). Para cerrar el período, recuérdese que entre 1983 y 1999, la UCR concentró en promedio el 18 % de los votos (Torre, 2003). Entre las elecciones de 1999 y las de 2001, la Alianza perdió algo más de 4 millones y medio de votos, contra 667 000 que perdió el PJ. El «voto bronca» (blanco y nulo) salió segundo en esa última elección con el 22 % de los votos, más un inusual 27 % de abstención. A partir de allí la UCR se convirtió en un partido minoritario (Mustapic, 2013).

LA CRISIS DE 2001 Y LA SOBREVIVENCIA EN LAS PROVINCIAS

A fines de 2001, el estallido de la crisis económica, política y social precipitó la salida anticipada de De la Rúa, y la respuesta a la crisis se diseñó con un acuerdo entre peronistas y radicales que se plasmó en la designación de Eduardo Duhalde como presidente de la Nación por parte del Congreso Nacional para completar el mandato de De la Rúa, y en la inclusión de dos ministros radicales (Jorge Vanossi en Justicia y Derechos Humanos, y Horacio Jaunarena en

Defensa), más otros funcionarios en diversas áreas, en el gabinete peronista.

En cuanto al partido, la crisis significó un durísimo golpe que acercó a la UCR a su virtual desaparición como un partido nacional. También fue el fin de la organización en líneas internas y de los lazos fuertes que unían al partido con el mundo universitario, que constituían uno de los elementos, además de su histórica etiqueta, que lo fortalecían con recursos organizativos y electorales.

La crisis de la UCR significó el fin definitivo del bipartidismo en el nivel nacional. En realidad, mirada desde una perspectiva amplia, se advierte que la oferta electoral, es decir la cantidad de partidos que compiten en elecciones, fue en aumento ya a partir de 1983. Sin embargo, los especialistas tienden a coincidir en que, en rigor, el sistema bipartidista argentino empieza a desintegrarse en los años 90, para consolidar esa tendencia en los años 2000. Por un lado, surgirá una fuerte fragmentación del sistema de partidos. Los terceros partidos siguieron sin cobrar mayor estabilidad e importancia a nivel nacional,¹² pero por otro lado se afianzarán la territorialización y la desnacionalización del sistema de partidos: los dos partidos tradicionales empiezan a tener resultados muy dispares en cada una de las provincias, y en las provincias respecto de sus performances electorales a nivel presidencial.¹³ Finalmente, la normativa y la jurisprudencia que regulan a los partidos políticos argentinos fomentan el localismo y el particularismo, es decir, alientan

12\ Desde 1983 nunca pudieron ser relevantes en más de dos elecciones (Calvo y Escolar, 2005). La excepción será, más adelante, el PRO.

13\ Para Gervasoni (2018), en los años 90 comienzan no solo los procesos de fragmentación y desnacionalización, sino también procesos de faccionalización, personalización y mayor fluidez partidaria, coalicional, programática, y en los nombres de los partidos a lo largo del territorio.

y/o permiten la existencia de una multiplicidad de partidos a nivel local (Mustapic, 2013). Era de esperar entonces que, incluso al margen de los problemas particulares de la UCR, se consolidara una política más coalicional y la aparición de un efecto de arrastre desde las ofertas locales hacia la competencia presidencial (Calvo y Escolar, 2005).

Una evidencia clara de la nueva situación de desequilibrio (Torre, 2003; Gervasoni, 2018) del sistema partidario fue la elección presidencial de 2003. Ello no solamente porque hubo tres etiquetas peronistas, las cuales obtuvieron el primero, el segundo y el cuarto lugar (Frente por la Lealtad, Frente para la Victoria y Alianza Frente Movimiento Popular,¹⁴ respectivamente), sino porque hubo también tres etiquetas de origen radical (Movimiento Federal Recrear, Argentina por una República de Iguales y Unión Cívica Radical). Estos fuertes astillamientos resultaron en una implosión partidaria de la UCR: tras denuncias de fraude en la elección primaria, obtuvo el peor resultado electoral —2,3 %— de toda su historia, pese a que contaba con 7 gobernadores, 659 intendentes, 22 senadores, 63 diputados y 298 legisladores provinciales (*La Nación*, 28/4/2003) muchos de los cuales no apoyaron al candidato presidencial radical (Obradovich y Donatello, 2022:171). De nuevo hubo trasvases electorales desde el radicalismo hacia el peronismo: casi la mitad de los votos de la Alianza en 1999 y 2001 fueron a candidatos de extracción radical (Elisa Carrió y Ricardo López Murphy), pero casi la otra mitad a propuestas peronistas (Carlos Menem, Néstor Kirchner y Adolfo Rodríguez Saá) (Calvo y Escolar, 2005).

14\ La fórmula presidencial de esta última incluía al radical Melchor Posse como candidato a vicepresidente.

¿Podría sobrevivir ahora la UCR a una crisis semejante? Muchos analistas y dirigentes se convencieron de que eso no era posible. De hecho, no sería una novedad para la casuística regional: «Entre 1978 y 2007 un cuarto de los partidos establecidos en la región quebraron, lo que significa que de repente se volvieron no competitivos para el Ejecutivo nacional» (Noam Lupu, citado en Prats, 2019:12). Como la falta de estabilidad electoral de la UCR puede ser explicada porque su base electoral está en su mayoría compuesta por exigentes sectores medios urbanos (Torre 2003, Calvo y Escolar, 2005; Calvo y Murillo, 2014), y como ya la desintegración de la Alianza había afectado particularmente a la UCR en los distritos más metropolitanos, entonces esta sangría de 2003 podría ser el tiro de gracia que pusiera fin a su existencia. Sin embargo, la pérdida de competitividad en las elecciones nacionales no implica necesariamente la muerte de un partido (Cyr, 2016, 2017). En el caso de la UCR, la supervivencia en la arena subnacional no solo evitó la desaparición, sino que permitió buscar la forma de volver al escenario nacional. Según Prats (2019), el radicalismo sobrevivió no por su ideología, ni por su identidad, ni por su anclaje en cargos estatales, ni por su nivel de institucionalización, ni por su subcultura cívica, sino por las estrategias de sus líderes y por la estructura federal. A fin de cuentas, la capacidad de adaptación a condiciones desfavorables es también una muestra de las habilidades de la dirigencia. «La gran relevancia del ámbito local les ha permitido a los radicales considerar beneficioso mantenerse en el partido a pesar de la paupérrima performance nacional e invertir en mantener desde las provincias a la organización nacional» (Prats, 2019:18).

Sin embargo, las cosas no serían tan fáciles en el repliegue a las provincias. Hemos dicho más arriba que después de la crisis de 1989 y la renuncia de Alfonsín a la presidencia de la Nación —«resignación», según la terminología empleada

por el entonces presidente—, y luego como consecuencia del Pacto de Olivos, el partido experimentó una importante fuga de votos. Después de la crisis de 2001, el electorado de la Alianza también se desmembró hacia varios partidos a nivel nacional, pero la novedad fue esta vez que la brutal pérdida de votos de la Alianza tuvo como destino diferentes espacios políticos en las diferentes provincias. Esta provincialización de la política argentina no implicó solo una autonomización de los electorados y las cúpulas provinciales de los partidos respecto de la competencia nacional, sino consecuentemente un trastocamiento de la organización de la intervención estatal (sobre todo del gasto público) en busca del apoyo de las clientelas locales (Calvo y Escolar, 2005).

Las estrategias políticas del kirchnerismo en el poder contribuyeron a esa fragmentación y a esa territorialización, empoderaron a los intendentes y a los movimientos sociales como interlocutores del gobierno nacional en la distribución de la política social y de infraestructura, quebraron la disciplina interna de los partidos y alentaron a los disidentes de los partidos tradicionales a competir por afuera de sus estructuras de origen (Calvo y Escolar, 2005). Este nuevo escenario hizo que los gobernadores radicales se acercaran al peronismo ahora kirchnerista, por un lado, por necesidades de supervivencia de sus gestiones (Gervasoni, 2011), y por otro, porque el gobierno de Néstor Kirchner tomó gran parte de la agenda política que quedó frustrada con el fracaso de la Alianza, tanto en términos económicos como institucionales (por caso, la reforma de la Corte Suprema de Justicia de la Nación).

Según Scherlis (2019), la gran crisis después de 2001 fue que la UCR perdió su marca, su identidad, a causa de haber nombrado al ministro más emblemático del gobierno peronista anterior y de las sospechas de haber pagado sobornos para aprobar leyes. Dirigentes bien evaluados por la

sociedad se fueron del partido, y al no haber ya identidad radical valorada, la supervivencia de los radicales con cargos de gobierno pasó a depender exclusivamente de los resultados que pudieran ofrecer. Por eso muchos de ellos se pasaron a la Concertación plural, la convocatoria a ampliar su coalición de sustento que el presidente Néstor Kirchner lanzó en 2006.¹⁵ La falta de lealtad al partido era menos costosa que no contar con fondos para obras o sueldos.

Observando la profesionalización de la vida política, Robert de Jouvenel advirtió en 1914: «Hay menos diferencia entre dos diputados, de los cuales uno es un revolucionario y el otro no, que entre dos revolucionarios, de los cuales uno es diputado y el otro no». A mediados de la década de 2000 podría decirse que hay menos diferencia entre dos gobernadores, uno de los cuales es radical y el otro no, que entre dos dirigentes radicales, uno de los cuales es gobernador y el otro no. (Scherlis, 2019:27)

De los 7 gobernadores radicales que había en 2003, tres años después la mayoría de ellos se había aliado al kirchnerismo en lugar de impulsar el resurgimiento partidario

15\ El kirchnerismo pretendía reordenar las opciones políticas a lo largo de la dimensión derecha/izquierda, en reemplazo de la tradicional distinción peronismo/no peronismo para asegurarle a Kirchner el apoyo de la mayoría de los votantes peronistas y extender su base electoral hacia la clase media urbana, tradicionalmente refractaria al peronismo y carente de referencias políticas sólidas tras la debacle de la UCR (Zelaznik, 2008). «Este armado se puso a prueba en las elecciones presidenciales de 2007, en que la esposa del presidente, senadora Cristina Fernández, fue la candidata del FV, acompañada por un radical K como vicepresidente» (Zelaznik, 2008:173). A pesar de ello, el Frente para la Victoria no pudo aumentar de manera significativa el caudal electoral que el PJ obtenía tradicionalmente en los centros urbanos de clase media, aun después de su alianza con los radicales K.

(Zelaznik, 2019).¹⁶ En el apogeo de Néstor Kirchner, Natalio Botana también registró el fenómeno:

Por otra parte, el radicalismo está también débil por razones «sistémicas», porque sus posiciones institucionales en el orden ejecutivo —gobernadores e intendentes— dependen de la protección del Príncipe, encarnado en la ocasión en un partido presidencialista que hace uso y abuso de los resortes del Estado. Esta segunda paradoja hace que la fortaleza de la UCR en los gobiernos locales redunde en debilidad. Cuatro gobernadores y 183 intendentes (sin contar concejales) han expresado públicamente —en agosto de 2006— su intención de concertar programas y candidatos con el Frente para la Victoria que encabeza el presidente, (Botana, 2006:212)

Con el fenómeno de la territorialización, la competencia se hizo más intensa en las provincias centrales, donde la UCR se hizo menos competitiva, perdiendo sus tradicionales votos urbanos. En cambio, la UCR conservó su fortaleza en el interior.

Por ejemplo, en las 10 elecciones celebradas entre 1946 y 1973 la UCR obtuvo en promedio el 33 % de los votos en las cinco provincias centrales mientras que en el resto obtuvo solo el 24 %. Durante los últimos 30 años de política democrática la tendencia ha variado: para las 16 elecciones legislativas celebradas entre 1983 y 2013 el radicalismo obtuvo en promedio 28 % de los votos en provincias centrales y 30 %

16\ «Julio Cobos (Mendoza), Jorge Saiz (Río Negro), Gerardo Zamora (Santiago del Estero), Arturo Colombi (Corrientes) y Eduardo Brizuela del Moral (Cataramarca) estaban más que dispuestos a escuchar y a aceptar una oferta oficialista para componer una colación "transversal"; Margarita Stolbizer, por su parte, se inclinaba por un acuerdo con Elisa Carrió, una de las ramas del radicalismo que se había quebrado con el temporal de 2003» (Gerchunoff, 2022:393).

en las periféricas, indicando una mayor armonización de su electorado. (Zelaznik, 2013:428)

De esta manera, la desnacionalización del sistema de partidos, y por lo tanto el carácter fragmentario de los partidos nacionales, los transformó en confederaciones de partidos locales (Leiras, 2013; Scherlis, 2009). Paradójicamente, y a pesar de las tremendas dificultades, el escenario recién descrito no fue letal para la supervivencia de la UCR: los sesgos mayoritarios y partidarios de los sistemas electorales provinciales operaron a favor de los radicales y el radicalismo al promover el mantenimiento del formato bipartidista en las provincias, dificultando el acceso de terceras fuerzas que pudieran filtrar una fragmentación del electorado (Prats, 2019). Esta tendencia se vio reforzada puertas adentro del partido, dado que la reforma interna que culmina en 2005 modificó la representación para la competencia interna de un sistema de mayorías y minorías a una representación proporcional con umbral bajo, lo que acentuó el «federalismo interno» de la UCR (Carrizo, 2011).¹⁷

En el nivel electoral, durante el transcurso de la hegemonía kirchnerista, el partido fue probando diferentes alianzas tanto a nivel provincial como nacional, que sin embargo variaron mucho entre los diferentes distritos (Clerici, 2015).¹⁸ En 2007 formó la coalición Una Nación Avanzada (UNA) que,

17\ El saber convencional indica que una de las dimensiones de las crisis de los partidos políticos es el declive en las tasas de afiliación (ver, por ejemplo, Mair, 2013). En el caso de la UCR este declive se registra efectivamente, aunque con valores altos. En 2007 la UCR tenía 2 500 237 afiliados, y en 2022 1 852 571, sobre un total de afiliaciones en el país de 8 292 347 y 8 081 702, respectivamente (Dirección Nacional Electoral).

18\ En 2013, por ejemplo, la UCR compitió sola en algunas provincias (Córdoba, Mendoza, Misiones), aliada con el Partido Socialista y otros socios en las provincias de Buenos Aires y Santa Fe, y con el PRO en Catamarca, Corrientes y Neuquén (Gervasoni, 2018).

con un peronista como candidato a presidente (Roberto Lavagna) obtuvo el 16,9 % de los votos y un poco menos en la categoría Diputados Nacionales. En 2009, el Acuerdo Cívico y Social (junto a la Coalición Cívica y el Partido Socialista) obtuvo casi el 30 % de los votos. En 2011 la Unión para el Desarrollo Social (UDeSo) el 11,1 % (incluía un acuerdo con Unión Celeste y Blanco, del peronista Francisco De Narváez en la provincia de Buenos Aires), y en 2013 el Frente Amplio UNEN obtuvo 32,2 % en Diputados. A pesar de estos resultados, la vigente predominancia del peronismo kirchnerista y las disputas entre sus dirigentes impidieron la consolidación de estos experimentos. Y, además, no le hacían posible a la UCR hacer el pie suficiente en los dos distritos más poblados y más históricamente radicales: la ciudad de Buenos Aires y la provincia de Buenos Aires.

Esta inestabilidad en el polo no peronista del sistema político argentino (Torre, 2003) se evidenciaba también en que la base electoral que la UCR perdió después de 2001 no pudo ser capitalizada por los partidos que la recibieron: más allá de que una parte de esa base fue por momentos absorbida por opciones peronistas (Frepasso en 1995, Frente para la Victoria en los años 2000), el resto (Recrear en 2003, ARI en 2007, el Frente Amplio Progresista en 2011) la perdió a la elección siguiente. Solo Propuesta Republicana (PRO) se había estabilizado con el electorado radical (Zelaznik, 2019).

En las tres elecciones presidenciales celebradas entre 2003 y 2013 los candidatos apoyados por la UCR (en algunos casos en alianza con otros sectores políticos) obtuvieron en promedio el 11 % de los votos, mientras que en las siete elecciones legislativas que tuvieron lugar en igual período lograron el 18 %. El papel de la UCR se desdibujaba: el resultado de las elecciones presidenciales revela que no era vista como alternativa de gobierno; el de las elecciones legislativas sugiere que tampoco era muy valorada para expresar oposición a nivel nacional.

Ese desdibujamiento obligó al partido a seguir un camino sinuoso en búsqueda de su supervivencia y de una plataforma desde la cual proyectarse nuevamente hacia la política nacional. (Zelaznik, 2019:41)

A fines de 2014 e inicios de 2015, la confrontación con el peronismo kirchnerista se había hecho políticamente más necesaria para los nuevos líderes radicales provenientes de las provincias del interior del país (Obradovich y Donatello, 2022). A pesar de la supervivencia en provincias, la percepción de un fin de ciclo del kirchnerismo y la marcha de la economía alentaba las expectativas racionales de poder desplazarlo del gobierno nacional. Pero todavía no se había encontrado el instrumento político adecuado: durante toda la década kirchnerista siguió habiendo constantes migraciones de votos y dirigentes radicales hacia el gobierno. En el fondo de la cuestión, la estrategia kirchnerista de seducción de sectores medios urbanos progresistas seguía desperfijando a la UCR. De hecho, y en consonancia con el trabajo pionero de Catterberg (1989), «Lodola y Seligson (...) reportan que no existen diferencias apreciables entre los simpatizantes del Frente para la Victoria, la UCR y el peronismo disidente en términos de ubicación ideológica y apoyo al rol activo del Estado» (Lodola, 2013:383).

Lógicamente, el estilo de confrontación populista y sus tintes autoritarios empujaban a la dirigencia del partido a la competencia mucho más que a la convergencia o la cooperación con el peronismo kirchnerista. En términos de Botana:

Los gobiernos de la democracia oscilan entre el consenso y la confrontación. Las cosas sin embargo se complican cuando, sobre el terreno escarpado de los conflictos heredados, se suma el lenguaje guerrero de los discursos y una actitud que identifica enemigos a cada recodo del camino. (Botana, 2006:84)

Ello llevó al partido a decidir formar la coalición Cambiemos a inicios de 2015. La oposición al populismo kirchnerista permitía unificar la vieja y siempre presente heterogeneidad radical (Rosas, 2022), y eventualmente asemejarse menos a una confederación de partidos y líderes provinciales, y más a un partido nacional con intereses y expectativas de ganar la presidencia (Prats, 2019), aunque esta nueva experiencia coalicional de la UCR, la primera en la que no era el socio principal, corría el riesgo de perder recursos identitarios y organizativos a manos del nuevo y vigoroso socio.

A pesar de las críticas que ha recibido (Gallo, 2018; Carrizo, 2019), Cambiemos significó un refugio para los votos que se fueron del polo no peronista en 2001 (Torre, 2017), y no ha disuelto a la UCR como organización. Sin perjuicio de ello, es claro también que el PRO había coqueteado y también hecho alianzas con el peronismo (Vommaro y Morresi, 2014), e incluso que en algunos distritos, como Corrientes y Jujuy, para ganar Cambiemos incluyó a sectores del peronismo (Carrizo, 2019).¹⁹ Cambiemos desplazó al peronismo del poder nacional, y ratificó su triunfo en las elecciones legislativas de 2017. Pero al igual que en ocasiones anteriores, la trayectoria electoral y coalicional de la UCR se define tanto por afinidades ideológicas y electorados compartidos como por necesidades y/o aspiraciones político-organizativas.

Se ha sostenido que la competencia entre el Frente para la Victoria y Cambiemos/Juntos por el Cambio ha reforzado la división del voto en clases: sectores bajos y medio-bajos

¹⁹ Curiosamente, en las elecciones de 2015, el candidato de Cambiemos, Mauricio Macri, había hecho alianzas con el peronismo, y el candidato peronista, Daniel Scioli, había sido afiliado radical (Gerchunoff, 2022).

apoyando al peronismo y los medios y medio-altos a alternativas no peronistas (Scherlis y Degiusti, 2020). Sin embargo, las pésimas condiciones en que la sociedad parece estar percibiendo el estado en que el presidente peronista Alberto Fernández está dejando el país parecen vaticinar altos y decisivos niveles de transferencias de votos desde el peronismo hacia ofertas electorales no peronistas.

CONCLUSIONES

El ciclo de la Unión Cívica Radical a partir de 1983 se caracteriza por algunos pocos momentos de éxito, y muchos más momentos de pérdida de votos, de crisis internas y de búsquedas de estrategias de sobrevivencia. Sin embargo, aún después de la desaparición del bipartidismo, el radicalismo ha sido y es la contracara del peronismo, en una contradanza de gobierno y oposición, pero con objetivos políticos y sociales no tan distantes en cuanto al tipo de sociedad que pretenden.

Peronismo y radicalismo se han complementado en los primeros 40 años de democracia ininterrumpida en Argentina. No se ignoran las diferencias entre ellos, ni tampoco que hubo conflictos importantes en temas puntuales y decisivos. Pero en términos generales, los consensos y los acuerdos políticos fueron posibles (aunque no necesariamente exitosos). No siempre, pero aun con sus diferentes identidades y subculturas, peronistas y radicales han compartido visiones económicas y muchos votantes. Ha habido múltiples acuerdos políticos y electorales tanto en la arena nacional como a nivel subnacional. Sus diferencias programáticas nunca fueron ideológicamente grandes, y sus marcos de competencia no ponían en riesgo la convivencia cívica ni el régimen democrático. El juego de la confrontación se

contrabalanceaba con el de la cooperación. Sin embargo, el siglo XXI argentino experimentó la polarización que refuerza los disensos y desprecia los consensos, promovida por el núcleo duro kirchnerista y seguida por gran parte de los peronistas (y no pocos radicales) por diferentes razones. La confrontación populismo-antipopulismo alimentó al populismo y debilitó el legado de Alfonsín, porque la experiencia alfonsinista significó, entre otras cosas, una convocatoria amplia a estar de acuerdo en el marco constitucional y en los objetivos de mitigar el conflicto social, y a discutir, en cambio, las políticas. El recrudecimiento y la potenciación de las antinomias desconoce una historia de convergencias y retroalimentaciones mutuas. A pesar de los cantos de las sirenas de la polarización, que pretende separar de modo definitivo los elementos que conforman el sistema político argentino ocultando las conexiones entre ellos, la crisis argentina es probable que requiera mejorar esas conexiones en la búsqueda de algún camino al desarrollo más que la imposición, hasta ahora estéril, de caminos excluyentes imaginados a partir de victorias electorales, que son siempre efímeras.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- ABOY CARLÉS, GERARDO (2010).** Raúl Alfonsín y la fundación de la «segunda república». En Gargarella, Roberto, María Victoria Murillo y Mario Pecheny (comps.) *Discutir Alfonsín*. Siglo XXI, pp. 67–84.
- ACUÑA, MARCELO (1998).** La crisis de la representatividad de la UCR, *Revista Argentina de Ciencia Política*, N° 2, pp. 99–127.
- ALFONSÍN, RAÚL (1983).** *Qué es el radicalismo*. Sudamericana.
- BOTANA, NATALIO (2006).** *Poder y hegemonía. El régimen político después de la crisis*. Emecé.
- CALVO, ERNESTO Y ESCOLAR MARCELO (2005).** *La nueva política de partidos en la Argentina. Crisis política, realineamientos partidarios y reforma electoral*. PENT–Prometeo.
- CARRIZO, CARLA (1999).** La cuestión radical: ¿de la intransigencia a la política coalicional?, *Revista Argentina de Ciencia Política*, N° 3, pp. 27–64.
- CARRIZO, CARLA (2011).** La política al interior de los partidos: peronismo, radicalismo y kirchnerismo. En Malamud, Andrés y Miguel De Luca (coords.) *La política en tiempos de los Kirchner*. Eudeba, pp. 85–94.
- CARRIZO, CARLA (2019).** La interna: el radicalismo como organización. En Malamud, Andrés (ed.) *Adelante radicales*. Capital intelectual, pp. 51–69.
- CARUNCHO, LUCÍA (2023).** *Nuevos líderes, viejas causas. Factores estructurales y estilos de liderazgo de Mauricio Macri en Argentina y Jair Bolsonaro en Brasil*. Tesis doctoral, UBA.
- CATTERBERG, EDGARDO (1989).** *Los argentinos frente a la política. Cultura política y opinión pública en la transición argentina hacia la democracia*. Planeta.
- CLERICI, PAULA (2015).** La congruencia aliancista de los partidos argentinos en elecciones concurrentes (1983–2011), *Estudios políticos*, N° 36, pp. 143–170.

- CRUZ, FACUNDO (2019).** *Socios pero no tanto. Partidos y coaliciones en la Argentina 2003–2015.* Eudeba.
- CYR, JENNIFER (2016).** *Between Adaptation and Breakdown: Conceptualizing Party Survival. Comparative Politics, Vol. 49, N° 1, pp. 125–145.*
- CYR, JENNIFER (2017).** *The Fates of Political Parties. Institutional Crisis, Continuity, and Change in Latin America.* Cambridge University Press.
- D'ALESSANDRO, MARTÍN (2013).** *Las plataformas electorales en la Argentina moderna, América Latina hoy, N° 65, pp. 107–139.*
- D'ALESSANDRO, MARTÍN (2014).** *Las campañas presidenciales en la Argentina democrática. Análisis de la oferta política a partir de 1983.* En D'Alessandro, Martín (coord.) *Los resultados de la democracia. Información, partidos e instituciones políticas en la Argentina reciente.* Eudeba, pp. 17–82.
- DE RIZ, LILIANA (1993).** *Los partidos políticos y el gobierno de la crisis en Argentina, Sociedad, N° 2.*
- DEGIUSTI, DANILO Y SCHERLIS GERARDO (2020).** *Desandando caminos. Reequilibrio de fuerzas y alternancia en el sistema partidario argentino, 2015–2019, Colombia Internacional, N° 103, pp. 139–169.*
- DE LUCA, MIGUEL (2018).** *Argentina's Declining Party System: Fragmentation, Denationalization, Factionalization, Personalization, and Increasing Fluidity.* In Mainwaring, Scott (ed.) *Party Systems in Latin America: Institutionalization, Decay, and Collapse.* Cambridge University Press, pp. 255–290.
- DEL MAZO, GABRIEL (1955).** *El radicalismo. Notas sobre su historia y doctrina (1922–1952).* Raigal.
- DELGADO, MARÍA SOLEDAD (2003).** «“El otro partido”: algunas consideraciones acerca del radicalismo (1983–1989)».

Trabajo presentado ante el VI Congreso Nacional de Ciencia Política, SAAP-UNR, noviembre.

- ESCOLAR, MARCELO; ABAL MEDINA, JUAN MANUEL Y CASTRO LUIS (2014).** Integración del sistema político y diferenciación geográfica del voto en Argentina (1983-1995-2007). En Escolar, Marcelo y Juan Manuel Abal Medina (coords.) *Modus vivendi. Política multinivel y estado federal en Argentina*. Prometeo, pp. 149-187.
- ESCUDERO, LAURA (2003).** Argentina. En Alcántara Manuel y Flavia Freidenberg (coords.) *Partidos políticos de América Latina*. IFE-FCE, pp. 33-114.
- GALLO, ADRIANA (2018).** La larga agonía de un radicalismo en crisis. Adaptación, rupturas y doblegaje de la UCR en la era macrista, Colección, Año XXIII, N° 28, pp. 117-164.
- GARCÍA, CÉSAR REINALDO (1985).** *Historia de los grupos y los partidos políticos de la República Argentina desde 1810 a 1983*. Sainte Claire editora.
- GERCHUNOFF, PABLO (2022).** Raúl Alfonsín. El planisferio invertido. Edhasa.
- GERVASONI, CARLOS (2011).** La política provincial es política nacional: cambios y continuidades subnacionales del menemismo al kirchnerismo. En Malamud, Andrés y Miguel De Luca (coords.) *La política en tiempos de los Kirchner*. Eudeba, pp. 115-127.
- GERVASONI, CARLOS Y TAGINA, MARÍA LAURA (2019).** Explaining Support for the Incumbent in Presidential Elections. In Lupu, Noam, Virginia Oliveros y Luis Schiumerini (eds.) *Campaigns and Voters in Developing Democracies. Argentina in Comparative Perspective*. Michigan University Press, pp. 114-135.
- GIBSON, EDWARD Y CALVO, ERNESTO (2001).** Federalismo y sobrerrepresentación: la dimensión territorial de la reforma económica en la Argentina. En Abal Medina, Juan Manuel y Ernesto Calvo (comps.) *El federalismo electoral argentino*. EUDEBA-INAP, pp. 179-204.

- GRIPPO, RODOLFO (2013).** *Entre la oposición y la dispersión. La Unión Cívica Radical en el período 1989–1997.* Ediciones UNL.
- HALPERÍN DONGHI, TULIO (1994),** *La larga agonía de la Argentina peronista.* Ariel.
- HALPERÍN DONGHI, TULIO (2003).** *La Argentina y la tormenta del mundo. Ideas e ideologías entre 1930 y 1945.* Siglo XXI.
- JAUNARENA, HORACIO (2011).** *La casa está en orden. Memoria de la transición.* Taeda.
- JELIN, ELIZABETH (2005).** Los derechos humanos entre el estado y la sociedad. En *Nueva historia argentina. Dictadura y democracia (1977–2001)*, Tomo X. Sudamericana, pp. 507–557.
- LABAQUI, JUAN (2005).** ¿Atrapado sin salida? El Frepaso en el gobierno de la Alianza, Colección, Año XI, N° 16, pp. 123–145.
- LODOLA, GERMÁN (2013).** El votante argentino, *Revista SAAP*, Vol. 7, N° 2, pp. 379–388.
- MAINWARING, SCOTT Y PÉREZ-LIÑAN, ANÍBAL (2020).** *Democracias y dictaduras en América Latina. Surgimiento, supervivencia y caída.* FCE–INE.
- MAIR, PETER (2013).** *Gobernando el vacío. La banalización de la democracia occidental.* Alianza.
- MCGUIRE, JAMES W. (1995).** Political Parties and Democracy in Argentina. In Mainwaring, Scott y Timothy R. Scully (eds.) *Building Democratic Institutions. Party Systems in Latin America.* Stanford University Press, pp. 200–246.
- MORA Y ARAUJO, MANUEL Y LLORENTE, IGNACIO (1980).** *El voto peronista. Ensayos de sociología electoral argentina.* Sudamericana.
- MUSTAPIC, ANA MARÍA (2013).** Los partidos políticos en la Argentina. Condiciones y oportunidades de su fragmentación. En Acuña, Carlos H. (comp.) *¿Cuánto importan las instituciones? Gobierno, Estado y actores en la política argentina.* Siglo XXI, pp. 249–290.

- NOVARO, MARCOS (2009).** *Argentina en el fin de siglo. Democracia, mercado y nación (1983–2001)*. Paidós.
- O'DONNELL, GUILLERMO (1997).** *Contrapuntos. Ensayos escogidos sobre autoritarismo y democratización*. Paidós.
- O'DONNELL, GUILLERMO (2010).** *Democracia, agencia y Estado. Teoría con intención comparativa*. Prometeo.
- O'DONNELL, GUILLERMO; SCHMITTER, PHILIPPE Y WHITEHEAD, LAURENCE (COMPS.) (1994):** *Transiciones desde un gobierno autoritario*. Paidós.
- OBRADOVICH, GABRIEL Y DONARELLO, LUIS (2021).** *Las transformaciones recientes en la Unión Cívica Radical. Renovación partidaria, polarización política y oposición al kirchnerismo (2008–2015)*, *Tramas sociales*, Año 3, N° 3, pp. 166–192.
- OLLIER, MARÍA MATILDE (2001).** *Las coaliciones políticas en la Argentina. El caso de la Alianza*. FCE.
- OSZLAK, OSCAR (1984).** *Privatización autoritaria y recreación de la escena pública*. En Oszlak, Oscar (comp.) *Proceso», crisis y transición democrática/1*. CEAL.
- PEDROSA, FERNANDO (2004).** «De eso no se habla... Política informal en las organizaciones de partidos: el caso de la Unión Cívica Radical (1983–2003)». Proyecto de Máster, Maestría de Estudios Latinoamericanos, Universidad de Salamanca.
- PERSELLO, ANA VIRGNIA (2007).** *Historia del radicalismo*. Edhasa.
- PRATS, MARIANA (2019).** *Sobreviviremos. Recursos, estrategias y políticas de la Unión Cívica Radical*. Eudeba.
- PRZEWORSKI, ADAM (2010).** *Qué esperar de la democracia. Límites y posibilidades del autogobierno*. Siglo XXI.
- QUIROGA, HUGO (2005).** *La Argentina en emergencia permanente*. Edhasa.
- ROMERO, JOSÉ LUIS (1998 [1956]).** *Las ideas políticas en Argentina*. FCE.
- ROSAS, NAHUEL (2022).** *Banderas en movimiento. Disputas acerca de la identidad radical en la Convención Nacional de 2015*, *Revista Argentina de Ciencia Política*, Vol. 1, N° 29, pp. 1–28.

- SCHERLIS, GERARDO (2019).** El contexto: los partidos, de la sociedad al Estado. En Malamud, Andrés (ed.) *Adelante radicales. Capital intelectual*, pp. 15-34.
- SMULOVITZ, CATALINA (1995).** Constitución y Poder Judicial en la nueva democracia argentina. La experiencia de las instituciones. En Acuña, Carlos H. (comp.) *La nueva matriz política argentina*. Nueva Visión, pp. 71-114.
- TORRE, JUAN CARLOS (2003).** Los huérfanos de la política de partidos. Sobre los alcances y la naturaleza de la crisis de representación partidaria, *Desarrollo Económico*, Vol. 42, N° 168, pp. 647-665.
- TORRE, JUAN CARLOS (2017).** Los huérfanos de la política de partidos revisited, *Revista SAAP*, Vol. 11, N° 2, pp. 241-249.
- TORRE, JUAN CARLOS (2021).** *Diario de una temporada en el quinto piso. Episodios de política económica en los años de Alfonsín*. Edhasa.
- VARETTO, CARLOS A. (2014).** El análisis del sistema de partidos en la ciencia política argentina: aporte al estado de la cuestión y propuesta de ordenamiento, *Revista SAAP*, Vol. 8, N° 2, pp. 555-584.
- VOMMARO, GABRIEL Y MORRESI, SERGIO DANIEL (2014).** Unidos y diversificados: la construcción del partido PRO en la CABA, *Revista SAAP*, Vol. 8, N° 2, pp. 375-417.
- ZELAZNIK, JAVIER (2008).** El sistema de partidos en Argentina a principios del siglo XXI, *Iberoamericana*, Vol. 8, N° 32, pp- 170-176.
- ZELAZNIK, JAVIER (2013).** Unión Cívica Radical: entre el Tercer Movimiento Histórico y la lucha por la subsistencia, *Revista SAAP*, Vol. 7, N° 2, pp. 423-431.
- ZELAZNIK, JAVIER (2019).** El partido: base social, alianzas electorales y coaliciones de gobierno. En Malamud, Andrés (ed.) *Adelante radicales. Capital intelectual*, pp. 35-50.